

Retablo antropológico del extranjero

DISPONEMOS en Antropología de varios modos de acercamiento para descifrar, sin prejuicios, el difícil y complejo código cultural que describe al extranjero; uno de ellos es el lingüístico. Los primeros temblores semánticos de la palabra los detectan en la serie avéstica *arí-* del indoeuropeo en la que extranjero significa el de fuera el prisionero, el esclavo el que no tiene derechos, el enemigo. De la palabra védica *arí-* deriva *arya*, que denota a los indoeuropeos, y que por extensión y cambios en la sociedad pasó a significar amigo, aliado y huésped y, por tanto, rivales y enemigos inicialmente, pues no pertenecían al propio grupo.

Esta breve nota pone de relieve, primero, que la noción de

terras, clasificar a personas y establecer límites morales. Ahora bien, las barreras espaciales y las clasificaciones conceptuales implican separación y ésta (*separarse*, de donde viene *separatismo*, significó originalmente apartar las cabras de las ovejas) lleva a la discriminación. Y la discriminación opone el grupo propio al ajeno, vecino quizá en fronteras, pero lejano en forma de vida y, por tanto, desconocido, sospechoso y temible, con el que la relación viene marcada por la duda y el miedo, por la permanencia del conflicto potencial se oculta la realidad de la posible agresión y la guerra. La historia cultural lo prueba.

Los australopitécidos de hace unos dos millones de años poseían ya instrumentos para golpear capaces de abatir elefantes;

fiel. El extranjero fue el excluido *par excellence* en la regimentada sociedad medieval en la que las violencias contra las minorías ajenas fueron numerosas. Los imperios coloniales de Portugal, España, Inglaterra y Holanda; los corsarios turcos, malabares y bereberes, y los piratas franceses, chinos y japoneses saquearon, incendiaron y mataron primitivos ajenos y civilizados extraños haciendo sentir la ley de la persecución al extranjero y la política del cañón.

EL terror rojo staliniano, el holocausto y la tragedia de Cambodia testimonian la intolerancia de lo ajeno y diferente. ¡Extranjeros fuera! es el grito de guerra que aúna a los neonazis alemanes, lepenistas franceses y al Vlaams Blok belga

seo de fraternal convivencia panhumana. Más aún, el extranjero, por serlo, ha traído desde siempre auras de lejanía romántica e ideas nuevas, se ha convertido en un sujeto curioso, atrayente y admirable y ha actuado como una figura simbólica misteriosa, pero tan atrayente como seductora.

Y aquí he entrado ya de lleno en la antropología del extraño. Extranjero es una ambivalente forma de figuración integradora, una imagen simbólica o modo cultural de presentar algunas contradicciones y aporías de nuestra existencia en conexión con el deseo de superarlas, pero reconociendo que las soluciones son frustrantes, nunca permanentes y, por tanto, insatisfactorias. Esta estructura simbólico-ritual representa un dramático es-



Grabado que reproduce el ataque a la judería de Francfort en 1614.



El «petrimetre amarillo»: El judío de Praga, Jobst Mellern, estaba obligado a llevar un brillante distintivo de ese color en forma de rueda.

extranjero viene marcada en los albores de nuestra cultura por las notas distintivas de exterioridad y enemistad; segundo, que la gramática de extranjero es ambigua porque codifica más de un mensaje con significados diferentes, ya que el temible y odioso extranjero puede transformarse, en determinadas circunstancias, en huésped, en aliado e incluso en amigo. ¿Cuál es el sustrato social en el que se fundamenta esta bivalencia? Voy a sugerirlo pasando al nivel etnográfico-histórico porque arroja luz sobre la naturaleza cultural del concepto.

EL «nosotros» o grupo en el cual uno tiende a encontrarse confortablemente instalado por estar constituido por miembros que comparten la misma geografía, lengua y costumbres tiene que ser forzosamente restringido. Un modo de vida homogéneo nos distingue, nos des-une, nos aparta de otros conjuntos culturales diferentes. Todo grupo, para ser tal, esto es, para crear identidad socio-cultural, tiene que levantar fron-

a finales del paleolítico superior se servían del venablo (para actuar a corta distancia) y de la azagaya (para actuar a mayor distancia). Las tentaciones para atacar también a grupos más débiles para obtener botín debieron ser frecuentes. La violencia contra el grupo extranjero fue tan antigua como endémica en Mesopotamia: en las excavaciones de Arpachiyá (V milenio a. de C.) hay pruebas inequívocas de pillaje y destrucción. Las mazas votivas del Egipto prehistórico testimonian la decapitación de enemigos extranjeros. En toda sociedad indoeuropea antigua la guerra contra otros pueblos fue, a juzgar por la riqueza de vocabulario, la actividad principal; sólo se era hombre completo cuando se adquiría la función de guerrero.

Los griegos, que definían al extranjero como odioso, hostil y enemigo, acuñaron las palabras xenofobia (antipatía al extranjero) y xenelasia (prohibición de extranjeros); el judío levantó una barrera para no contaminarse del gentil y el Islam decretó la guerra santa contra el extranjero in-

con el Movimiento Sociale italiano, con el National Front inglés y con los nacionalistas polacos. La desintegración de la Unión Soviética y Yugoslavia, los choques raciales en USA, Inglaterra y África del Sur más la sangría palestina, etcétera, patentizan el rechazo nacionalista del Otro.

Pero junto a esta dimensión negativa y tétrica de extranjero el pensamiento indoeuropeo subrayó también su versión positiva al admitirlo y potenciarlo como aliado, huésped y amigo. En realidad todas las culturas conocidas han imaginado y desarrollado centenares de rituales y ceremonias para comunicar con él, acogerlo e intercambiar bienes materiales y espirituales. Las leyes de hospitalidad, la adopción, la exogamia, la *proxenie* griega, el *praetor peregrinus* romano, el fumar la pipa de la paz, las formas de clientela, el «status» del huésped, los mercados, ferias y romerías, las leyes medievales de peregrinaje, etcétera, prueban la universal existencia de esquemas primarios para cortar distancias y expresan el de-

fuerzo alegórico-cultural para describir y objetivar uno de los misterios más opacos de nuestro común predicamento humano; opera como un modo mental que trata de suavizar la antítesis yo/Otro, uno/muchos, eterno dilema a afrontar por toda vida humana y por toda sociedad de hombres.

LA solución práctica de esta dialéctica no es nada fácil, pero miles de culturas humanas, y por miles de años, han demostrado en sus múltiples instituciones-puente tener fe y voluntad altruista para hermanar credos, cosmovisiones y razas aprendiendo a verse desde fuera y recorriendo plurales caminos de Santiago con la pretensión de confluir en lo universal, en nuestra común Humanidad. La figura simbólica del extranjero no ha sido todavía suficientemente imaginada en su vertiente unitiva y armónica algo que nuestro tiempo exige imperiosamente, inaplazablemente de todos credos, políticas y culturas.

Carmelo LISÓN